



LA RIQUEZA DEL VOTO DE POBREZA

¿POBREZA?

Antes de decir algo sobre el voto de pobreza en la vida religiosa, tendríamos que preguntarnos qué entendemos por pobreza, o qué queremos decir cuando hablamos de pobreza. Sería lo lógico, pero queremos plantear algo más. No es tan sencillo hablar hoy de este voto, puesto que cada uno de nosotros quizás tenga una concepción distinta de lo que significa este consejo evangélico. Lo más apropiado, a nuestro entender, sería confeccionar una teología narrativa, en la que, juntos, pudiéramos entablar un diálogo, y no limitarnos a la simple transmisión de contenidos. Invito a que abramos nuestro corazón para que ejercitemos nuestra mirada interior. Saint-Exupéry intuyó muy bien que es necesario ver con el corazón, ya que lo esencial es invisible a los ojos. De ahí que nuestro punto de partida sea contemplar.

En el evangelio de Mateo, Jesús da gracias al Padre por haberse revelado a los pequeños y no a los sabios y entendidos (cf. Mt 11, 25). Hace falta quizás dejarnos interpelar por la novedad creativa que no se contenta con el criterio de lo que nos han contado, o quizás del “siempre se ha hecho (interpretado) así”. Necesitamos trascender, internalizar desde la contemplación, el valor de este voto, y probar una actualización que nos haga imitar a nuestro Señor Jesucristo, que, de rico que era, se hizo pobre, para que nos tornásemos ricos por su pobreza (cf. 1Cor 8, 9).

Uno de los grandes problemas a la hora de escribir algo sobre el voto de pobreza hoy consiste en dejarse llevar fácilmente por una reflexión subjetiva, o desde las preconcepciones de cada uno. Lo narrativo es diálogo, es creatividad que nace de la contemplación, de la experiencia. Necesitamos una reflexión que no se agote aquí, sino que sigamos juntos profundizando en nuestra convivencia cotidiana.

El psiquiatra Viktor Frankl, después de poner todos los fundamentos de lo que daría lugar a la tercera escuela de psicología vienesa, la Logoterapia, decía que no estaba creando papagayos que reprodujeran lo que él decía, sino personas que tuvieran la grandeza de seguir profundizando, pasando la antorcha encendida para generar espíritus independientes e inventivos, innovadores y creativos¹. Lo que pretendemos en las líneas que siguen es pasar la antorcha, para que otros se animen a seguir estudiando y profundizando en este voto, a fin de delinear en este tiempo de la historia un *relato del Espíritu*².

¿UN VOTO SEGÚN “JESÚS” O SEGÚN “YO”?

Me acuerdo de cuando estaba en formación inicial. Los seminaristas de la diócesis bromeaban con nosotros, diciendo que los religiosos tenían el voto de pobreza, pero ellos eran los que lo vivían. Aquella broma en los pasillos de la facultad nos molestaba un poco a los religiosos, ¡quizás porque aquella afirmación no dejaba de tener su verdad! No vamos a entrar aquí en una discusión, ni mucho menos, pero es innegable que a lo mejor hacemos voto de pobreza, lo profesamos como un valor importante en nuestra consagración como religiosos, pero no acabamos de vivirlo con toda la grandeza que supone su fundamentación teológica.

Puede que profesemos con la voz, mas no vivamos en nuestro corazón, toda la implicación de lo que viene a ser la esencia de la pobreza evangélica como un valor para nuestra vida consagrada; porque podemos seguir apegados a tantas cosas y poco desprendidos de nuestros proyectos, bienes, viajes, destinos... Hacia afuera puede que nos vean como ricos, y no como pobres.

Algunos seguramente dirán que, en la vida religiosa, hay diversidad de carismas, y no es lo mismo hablar de pobreza para un franciscano que para un agustino, por ejemplo. Es verdad que alguna familia religiosa ha puesto el acento en la pobreza; pero la cuestión es que podemos escondernos detrás de un discurso bonito y no vivir de manera consistente el voto que hemos profesado como religiosos. El voto de pobreza no es una opción más en la vida religiosa. Tiene, como el resto de los votos, una expresión fundante para esta forma de vida cristiana.

Alessandro Manenti refiere el ejemplo interesante de una casa de formación, que mucho se aplica a nosotros sobre la distorsión de valores. Dice que presentó a sus formandos los textos, ya magisteriales, ya teológicos, más importantes sobre la vida sacerdotal, con intención de extraer de esta experiencia la visión más objetiva posible sobre la figura y ministerio del sacerdote. Después pide a cada estudiante que exprese con sus propias palabras qué significaba para él ser sacerdote. Percibe

¹ Cf. V. E. Frankl, *Em busca de sentido*, Vozes, Petrópolis 2018, 174.

² Cf. A. Bocos Merino, *Un relato del Espíritu. La vida consagrada postconciliar*, PCI, Madrid 2011.

que los estudiantes habían presentado apenas los elementos que confirmaban la idea previa que cada uno tenía de lo que es un sacerdote, distorsionando otros elementos en función de dicha preconcepción.

¿Qué podemos sacar de eso? Que, en el lugar de convertir su comportamiento a la luz de los valores propuestos, cada formando busca, inconscientemente, distorsionar los valores para confirmar sus comportamientos habituales. Uno de los estudiantes, cuenta él, advirtiendo lo que pasaba, dijo riéndose: “La Iglesia transmite el evangelio ‘según Jesús’, y nosotros recibimos el evangelio ‘según yo’”³.

Podemos decir que comprendemos la pobreza en sentido más fraterno que austero, ya que nada de lo que poseemos es personal, sino en nombre de la comunidad; mas, al fin y al cabo, podemos obviar la responsabilidad de tener una vida más sencilla y con menos comodidades. Personalmente uno puede preguntarse si tiene lo necesario o mucho más de lo que necesita. Nos atrevemos a decir que queremos muchas veces hablar del voto de pobreza conforme a nuestra autorreferencialidad, y no desde la centralidad evangélica o cristológica de la gratuidad, desde lo que el filósofo español Franscec Torralba llama *la lógica del don*⁴.

Lo que queremos proponer en las líneas que siguen es una reflexión desde el relato, desde la narración de lo pequeño, que nos permita constatar signos de pobreza entre nosotros. Por eso, apuntamos algunos sobre la riqueza de este voto que profesamos los consagrados, y que muchas veces se queda contaminado por ideas que no permiten contemplar su valor y sentido. No queremos con ello olvidar los aspectos que necesitamos mejorar, ni tampoco eximirnos de nuestra responsabilidad de vivir la pobreza como tal, siendo pobres. Si nos propusiéramos crear un mundo de fantasía, no sería narrativo sino subjetivo. Lo primero tiene que ver con los recursos que uno trae para vivir de manera consistente los valores que expresa. Lo segundo, con una búsqueda de sí mismo. Lo narrativo es creativo, lo subjetivo puede ser degenerativo. Queremos generar vida, porque una realidad que tenemos que tener clara es que la vida religiosa es vida, y sigue siendo llamada a darlo todo por el Reino de los cielos.

SOMOS RICOS

Hay muchos religiosos y comunidades que expresan en su vida un testimonio verdadero de entrega, oblación y sencillez. Si miramos a nuestro alrededor, encontramos personas muy ricas de Dios, que no necesitan apegarse a los bienes de

³ Cf. A. Manenti, *Vocação, psicologia e graça*, Loyola, São Paulo 1990, 15.

⁴ Cf. F. Torralba Roselló, *La lógica del don*, Khaf, Madrid 2012.

este mundo, ni buscar poder, dinero, prestigio o placer... Gente sencilla que transmite riqueza desde una verdadera pobreza. Son estos pequeños, discretos, que quizás nunca han ocupado puestos de liderazgo ni estampado sus nombres en nuestras publicaciones, ni sus fotos aparecen en nuestros carteles o revistas, que se dedican a la simple labor de ser religiosos consagrados en la experiencia de oración que se hace vida. Pienso que estos hermanos nunca han alzado la voz al cielo para decir cómo deberíamos vivir el voto de pobreza, ni han escrito artículos sobre este voto, pero que, sin embargo, han sido y seguirán siendo verdaderas escuelas de lo que es ser pobres en espíritu, y por eso son bienaventurados.

Si miramos desde aquí, encontraremos muchas riquezas que nos hablan del valor de la entrega. Hay religiosos que enriquecen nuestra institución, no económica, sino espiritualmente, pues nos mueven a buscar las riquezas del cielo y no el tesoro de este mundo; nos hablan de una vida que busca un sentido más allá de lo terreno, una vida feliz, bienaventurada⁵.

Leí y releí varios manuales de teología de la vida religiosa, apuntes de cuando hice la licenciatura, algún que otro libro o artículo para dar consistencia a esta reflexión, y me he dado cuenta de que la mayoría nos viene a decir, desde una perspectiva moral, lo que hacemos mal y cuál es nuestro *deber ser*. Yo quisiera, con libertad y responsabilidad, subrayar lo que hacemos bien, para seguir apostando por nuestra potencialidad. Ya estamos siendo suficientemente machacados por los medios que publican en primera página los escándalos de nuestras instituciones. Me dejo conducir por una reflexión que muestre la riqueza de este voto tanto desde la base teológica, como en su dimensión práctica. Quizás más práctica que teológica... Quizás más encarnada.

UNA VISIÓN APRECIATIVA

Hace unos meses nos reuníamos como equipo en Roma varios representantes de las diferentes provincias de nuestra Orden para reflexionar sobre la formación permanente de cara al futuro. Guiado por el especialista que condujo sabiamente nuestras reuniones, he notado que hace falta una visión institucional más apreciativa.

Solemos ser muy clínicos, y detectamos enseguida lo que no va bien. Por otro lado, podemos ser muy proféticos, mirando hacia afuera e intentando aportar qué debemos hacer en este tiempo (*deber ser*). Un método innovador, desde una indagación apreciativa, es el que nos puede ayudar más en este momento, porque permite reconocer nuestra potencialidad, nuestra capacidad de germinar, teniendo en cuenta aquello que tenemos y somos.

⁵ Cf. Agustín de Hipona, *Cartas a Proba e a Juliana*, Paulus, São Paulo 2000, 192.

Nos preguntaba el poniente: ¿En qué creemos más: en la hierba mala o en la semilla buena? Confieso que me ha impactado. Tenemos fortalezas personales, institucionales y grupales que nos hablan de pobreza en el sentido evangélico. ¿Seguiremos llorando por las hierbas malas? ¿O apostamos por la semilla buena que está en cada uno de nosotros, en nuestra comunidad e institución religiosa? Somos ricos.

No hemos de negar tampoco la realidad ni levantar castillos de arena. Algunas veces la situación es tan crítica que no podemos más que empezar por lo clínico, y hasta quirúrgico, mas no debiera ser el método convencional, por decirlo de alguna manera. No cabe duda de que existen muchos signos de pobreza evangélica en nuestro medio, en nuestras comunidades, en nuestros ministerios, en la formación, en la misión, en los colegios, en religiosos concretos de carne y hueso que viven a nuestro lado. Seguro que nos vienen a la cabeza nombres que contagian por su testimonio y vivencia de una pobreza real.

¿EN QUÉ CREEMOS MÁS: EN LA HIERBA MALA O EN LA SEMILLA BUENA?

Una vez, fray Miguel Márquez, un provincial carmelita, decide mandar una circular a los religiosos que estaban a su cargo. No tengo la carta, pero la reproduzco como me ha llegado a mí, y creo que nos puede decir mucho:

Estos días de la visita a las comunidades me preguntan si hay muchos problemas en la Provincia, casi dándose a sí mismos la respuesta: hay muchos problemas, y estamos en un momento crítico y decisivo, que sin duda pasaremos, porque el futuro no depende fundamentalmente de nuestros aciertos o desaciertos, sino del deseo de Dios, de la voluntad de María de cuidar nuestra casa, y reconstruir en las estructuras resquebrajadas y cansadas una morada para que Él venga a habitar. Hay muchos problemas, respondo, pero hay muchas más bendiciones. Hay muchas dificultades que nos superan, pero hay muchos más milagros de vida, hay mucha queja y mucho cansancio y sensación de pérdida, pero mucho más de trabajo humilde, inútil, invisible, gratuito, generoso, desinteresado. Doy gracias a Dios, sin hablar hoy de problemas, porque, al recorrer las comunidades, veo, sobre todo, hermanos que están recibiendo quimioterapia que apenas se quejan y siguen dándose por los demás, sin tregua y sin descanso; hermanos de más de noventa años que no se jubilan de escribir, de trabajar, de pasear para cuidarse, de escuchar y de estar disponibles; hermanos que ven el lado bueno de las cosas y que alaban lo que los demás hermanos hacen aplaudiendo el esfuerzo ajeno; hermanos que se levantan a las cinco de la mañana para barrer la plaza del convento sin que nadie se lo pida; hermanos que preparan el café mucho antes del amanecer, pensando en los demás, sin decir nada; hermanos jóvenes y no tan jóvenes que tienen graves dolores de espalda y casi nunca se quejan, mientras escuchan a todos los que vienen al despacho; hermanos que fríegan todos los cacharros que han quedado de la noche, cuando ya los demás se han ido a descansar; hermanos que hasta altas horas de la noche repasan las cuentas, para que todo cuadre, y se levantan igualmente a rezar, aunque apenas hayan dormido; hermanos que, cuando llegan los hermanos de una misión, de una predicación, se interesan por ellos y les preguntan con verdadero interés por cómo les ha ido; hermanos que pasan noches de hospital al pie de la cama de otros hermanos; hermanos que cambian pañales de otros hermanos, y hermanos que, cuando falta la cocinera, hacen la comida con esmero y cuidado, hacen la compra cada día y procuran que nunca falte el pan reciente cada mañana; hay hermanos que cuidan de sus padres

y se preocupan de ellos, sin desatender la obediencia de sus tareas, y hermanos que están gravemente enfermos y no han dejado nunca de ir mensualmente a cuidar a sus padres durante una o dos semanas, sin protestar, con sumo cariño; hermanos que trabajan horas y horas sin fin leyendo, escribiendo y preparando clases, por el orgullo de iluminar, escribir, enseñar y poner verdad en el camino de las personas, con verdadera vocación teresiana de ayudar a caminar en verdad; hay hermanos que se levantan media hora antes de la oración de los demás o del horario de comunidad por el deseo de estar con el Señor, sin ley, porque tiene todavía despierto el deseo de cuidarle y cuidarse... Podría seguir recogiendo aquí muchos más ejemplos (todos son reales), pero no hace falta, y ninguno de ellos necesita la más mínima propaganda.

No cabe duda de que es posible encontrar signos iguales o parecidos a estos en muchas de nuestras comunidades religiosas. Lo que pasa es que tendemos a ver lo negativo, y eso no nos permite salir de la estigmatización y sí nos impide reencontrar el flujo de dinamismo vital que hay entre nosotros.

Podríamos preguntarnos: ¿Cuál es el sentido del voto de pobreza? ¿Para qué profesé este voto? ¿Cómo puedo vivir mejor mi consagración a Dios desde este voto? ¿Cómo puedo dar lo mejor de mí? Estas preguntas nos pueden conducir hacia la búsqueda de un sentido, un horizonte, que está más allá de nosotros mismos. Nos pone en el portal de nuestra consagración.

Cabe recordar que religioso viene de *re-ligare*, que sencillamente podemos entender como ligar de nuevo, reconectar, ayudar a rescatar el contacto con el origen, la fuente. Hay una dimensión antropológica de este voto que no podemos perder de vista: la autotrascendencia, la capacidad de vivir nuestra vida como entrega, como proexistencia, como una llamada a salir de nosotros mismos y de nuestra autorreferencialidad.

La riqueza de este voto se encuentra justamente en lo pequeño de cada día, en la entrega, en la disponibilidad... No en el acumular mucho, sino en el darlo todo. En religar los valores del Reino a la realidad en que nos encontramos.

Alguna vez vi el título de un libro que me llamó la atención, porque me hizo detenerme e iniciar un momento de reflexión. El título era algo así: *Consumidores consumidos*⁶. No he leído su contenido, pero el título resulta sugerente y me permitió una pausa para la autoevaluación. Puede que nos haga falta parar un poco.

Hoy nos encontramos con muchos religiosos padeciendo lo que los estudiosos denominan *síndrome de Burnout*, lo que viene a ser justamente el desgaste, un dolor invisible de muchos religiosos, o agotamiento⁷, consumidos por el peso de no poder más. Lo que la Logoterapia llama 'vacío existencial'. Algún teólogo de la vida consagrada dice que es necesario pasar de discípulos quemados a discípulos

⁶ Cf. J. M^a. González Anleo, *Consumidores consumidos*, Khaf, Madrid 2014.

⁷ Cf. Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona 2012; H. López de Mézerville, *Sacerdocio y Burnout. El desgaste de la vida sacerdotal*, San Pablo, Madrid 2012; L. Campos, *A dor invisível dos presbíteros*, Vozes, Petrópolis 2018; L. Sandrin, *Burnout. Como evitar a síndrome de esgotamento no trabalho e nas relações assistenciais*, Paulinas, São Paulo 2019.

encendidos⁸. Pero también tenemos que tener presente que hay religiosos que son consumados. Consumido equivale a desaparecer, dejar de existir; consumado significa una vida plena desde el sentido y entrega. Podemos consumir nuestra vida o intentar consumarla.

DE CONSUMIDORES A CONSUMADOS

En medio de la situación de pandemia que está asolando la humanidad durante este 2020, me ha llegado como referencia un libro del psicólogo Claudio García Pintos⁹, que se intitula *Me lo contó el mar*. Resulta muy profundo el diálogo que establece con varias situaciones de la vida humana y las experiencias vividas caminando en la playa. En una de las reflexiones narra una situación metafórica curiosa y profunda que sirve como punto de partida para pensar en aquellos religiosos que dan sentido a su ser de consagrados desde la entrega generosa y total: la vela.

Dice él que estaba caminando en la playa y se cruzó con un grupo de jóvenes que estaban allí haciendo alguna reunión de grupo a luz de las velas. Era difícil para ellos mantener las velas encendidas, pero han logrado crear un ambiente cálido. Empezaron a cantar y divertirse. Así notó que las velas tienen su nobleza. La humilde vela se entrega para crear momentos cálidos, divertidos, románticos, solemnes y místicos.

Hay velas de todas las formas: estrellas, muñequitos, pequeñas esferas, cuadradas, tradicionales, modernas... Lo que les da su ser es lo que desde dentro emerge: el pábilo, la mecha. Podemos tener parafina y no ser una vela. Mientras no esté encendida, es apenas una vela en potencia. Su identidad también se define en su funcionalidad. Iluminar es su misión, eso le trae dignidad. Pero, para que esté encendida, necesita de algo o de alguien que la encienda. Solamente al consumirse puede permanecer encendida, cumpliendo su misión de vela.

En medio del baile, algún joven golpeó alguna vela y la rompió, mas, al ser colocada de pie nuevamente, volvió a iluminar. La vela tiene su fragilidad, pero también su dignidad. Mientras se consumía, las gotas que caían iban arreglando la fractura, pegando una parte rota a la otra con el calor. Los jóvenes fueron concluyendo su reunión y se alejaron, dejando las velas allí encendidas, cercanas a su extinción. Las velas no fueron reconocidas, ni necesitaban serlo. Cumplieron su misión y, consumiéndose, consumaron una velada extraordinaria.

⁸ Cf. G. Fernández Sanz, "Crisis y kairós: Nueva oportunidad de conversión personal y pastoral": C. Martínez Oliveras (ed.), *Memoria, presencia, futuro. La vida religiosa en el pueblo de Dios*, PCI, Madrid 2015, 215-221.

⁹ C. García Pinto, *O mar me contou. A logoterapia aplicada ao dia a dia*, Cidade Nova, São Paulo 2017, 43-53.

Existe una analogía entre la vela y el religioso consagrado. Lo que nos da identidad es lo que llevamos dentro, nuestra esencia: el espíritu. La plenitud de nuestra consagración está en el darnos sin reservas. La vela nos hace pensar en la temporalidad y en cómo gastamos nuestra vida. Nuestra vida pasa, y puede que no la vivamos desde un sentido profundo, y así nos perderíamos en lamentaciones y murmuraciones sin fin. La vela nos habla de sacrificio, de entregar la vida, no de victimismos, sino de resiliencia para reconstruirnos con los golpes de la vida, las situaciones, las experiencias traumáticas.

Muchos religiosos han sufrido cambios de destinos, ocupaciones, jubilaciones... quizás de manera traumática o hasta injusta; pero los que demuestran una verdadera internalización del voto de pobreza son aquellos que se presentan disponibles, que, aun sufriendo por los cambios, tienen la humildad de decir a los superiores: “cuenta conmigo”, “estoy para lo que necesite la orden, la provincia”. Hermanos así nos hablan de una vida consumada. Son los que nos enriquecen con su pobreza. Ya quisiera yo ser así.

ENCONTRAR SENTIDO

La vida siempre trae sus contrariedades, desalientos, sinsabores. Viktor Frankl habla de la tríada trágica en la existencia humana: dolor, sufrimiento y culpa. Un religioso que vive el valor del voto de pobreza no niega el sufrimiento, le otorga un sentido. Hay religiosos que nos dan prueba de una vida consagrada con sentido. Pensemos en aquellos que no han podido, debido a las circunstancias, estar con sus padres en el momento de su enfermedad o muerte, que no han podido realizar sus proyectos personales dentro de la Orden por vivir la misión que les era encargada.

Existe una experiencia interesante que habla de la capacidad del ser humano de encontrar sentido en medio del dolor y sufrimiento:

Jerry Long ha quedado paralizado del cuello para abajo después de un accidente que le ha dejado tetrapléjico. Tenía apenas diecisiete años cuando ha pasado todo eso. Tenía una vida por delante, sueños, proyectos personales... Pero, aun así, no ha dejado de encontrar sentido a la vida. Dice en algún momento: “Me he roto el cuello, no mi ser”. Luego estudió psicología en la universidad, y cree que su deficiencia le motiva para ayudar a otros. Este joven tenía todos los motivos para jubilarse prematuramente, pero ha visto su sufrimiento como oportunidad. Aprendió habilidades que nos parecería imposible realizar.

Encontramos religiosos que, desde su edad, su enfermedad, su caminar más lento, con bastones que dan apoyo a su caminata matinal, con sillas de ruedas, visión comprometida, memoria débil... nos alientan a observar cómo, a pesar de su situación de vulnerabilidad, se desplazan hasta la capilla, tienen los rosarios en las manos y no se quedan en la cama, sino que se hacen presencia viviente del Reino. Son valientes guerreros que nos hablan de que tiene sentido seguir siendo consagrados.

También pienso en mi generación, los religiosos más jóvenes, que quizás reciben de fuera tantas invitaciones a otras formas de vida, llenas de oportunidades de autorrealización, de poder, de bienes económicos, prestigios y notoriedad. Deciden entregar sus vidas al servicio del Reino, a vivir con personas (hermanos) de otras culturas o de otras generaciones, y a soñar juntos los sueños de Dios.

Un día, en medio a la pandemia, pude asistir (on-line) a la profesión solemne de un religioso que ha dejado su país, su continente, su familia, su cultura... para que su vida sea una entrega de amor y sacrificio. Conviví con este hermano en la formación y vi cómo llegó el primer día a nuestra comunidad sin hablar nada del idioma. Poco a poco aprendió la gramática y la lógica del idioma de la entrega, de un proyecto que no se basa en la mera autorrealización (criterios meramente subjetivos), sino, desde la llamada de Otro (autotranscendencia), en la entrega de sí y de la propia vida por los demás¹⁰.

La entrega o es la actitud de quien ha logrado un sentido o, si no, no sería entrega. Podemos constatar a nuestro alrededor un consumismo exacerbado que nos habla, no de una paz de espíritu, sino más bien de una narcotización de la frustración, del descontentamiento, de una no realización de un sentido verdadero de la vida¹¹.

Teniendo en cuenta que estamos antropológicamente dotados de una tridimensionalidad¹² (dimensión biológica, psicológica y noética)¹³ y de que la persona es misterio¹⁴, somos llamados a los valores que nos trascienden. No estamos determinados genética, social, psicológica, económicamente..., sino que nos autodeterminamos. Hay personas que se dejan determinar, pero dentro llevamos una llamada a una actitud alternativa frente a las condiciones dadas. Existe en cada uno de nosotros la decisión, y esta puede proyectarlo más allá de sus contingencias¹⁵. Evidentemente somos personas dotadas de una biología, de una psicología, insertas en un contexto social; mas no somos mera biología, sino biografía. Tenemos una dimensión espiritual, noética, que nos habla de las alturas, y es esta la que da sentido a todas las demás dimensiones. El voto de pobreza, entendido desde esta tridimensionalidad, permite una realidad más profunda y

¹⁰ Cf. A. Cencini, *Olha para o céu e conta as estrelas. O sonho da animação vocacional*, Paulinas, São Paulo, 2004, 38.

¹¹ Cf. V. E. Frankl, *Psicoterapia para todos. Uma psicoterapia coletiva para contrapor-se à neurose coletiva*, Editora Vozes, Petrópolis, 2018, 40.

¹² Cf. L. M. Rulla, *Antropologia da vocação cristã. Bases interdisciplinares*, Paulinas, São Paulo 1987.

¹³ Rulla, hablando de las leyes psicológicas, se refiere a tres niveles de la vida psíquica: psicofisiológico, psicosocial y espiritual-racional. Cf. A. Cencini, A. Manenti, *Psicologia e Formação. Estruturas e dinamismos*, Paulinas, São Paulo, 1988, 12-35.

¹⁴ Cf. F. Imoda, *Psicologia e mistério. O desenvolvimento humano*, Paulinas, São Paulo 1996.

¹⁵ Cf. V. E. Frankl, *Vontade de sentido. Fundamentos e aplicações da Logoterapia*, Paulus, São Paulo 2014, 25-43.

significativa. Podemos afirmar, con Elizabeth Lukas, que desconsiderar la dimensión espiritual de la persona equivale a desconsiderar su dignidad¹⁶.

La vida consagrada está compuesta por hombres que buscan vivir sin afán de poder, fama, dinero, placer; son personas que han recibido una misión (vocación), una llamada a la perfección del amor, *perfectae caritatis*, desde la *sequela Christi*, pero también por hombres que se han dejado llevar por la pérdida de sentido y se han cerrado en sí mismos. El religioso es alguien que decide lo que es. Tiene la posibilidad de bajarse al nivel de los animales o de elevarse al nivel de una vida santa¹⁷. Las semillas buenas necesitan cuidado; por eso vamos a hablar de algo que puede dar sentido al ser religioso, que no está de más recordar: la espiritualidad.

DIMENSIÓN ESPIRITUAL DEL VOTO DE POBREZA

Muchos creen que hablar del voto de pobreza implica tomar parte en un partido o en un discurso político-ideológico. En realidad, no debería de ser así, puesto que la pobreza es un valor del Reino, un valor evangélico, en definitiva, y no está vinculada directamente, en el marco teórico-fundamental, a una lucha de clases o a un sistema político, aunque sí está llamada, desde la *praxis*, a hacerse presente entre los excluidos y marginados. En otras palabras, ser pobres y estar con los pobres no es una cuestión política, sino evangélica.

Debido a las ideologías que han rodeado esta opción evangélica, nos cuesta decir hoy que deberíamos hacer una opción preferencial por los pobres. El papa Francisco utiliza sabiamente la expresión “*periferias existenciales*”, que parece ser más acorde al evangelio, ya que los pobres son todos los que viven en situaciones de frontera. La vida religiosa se presenta, así, como una forma de vida liminal, permaneciendo en la normalidad y, al mismo tiempo, haciendo surgir en esta lo extraordinario; ese vivir en el límite, en la frontera, como dice el profesor García Paredes¹⁸.

No queremos con ello poner el dedo en la llaga, ni plantear un discurso moralista. Somos conscientes de que, como los otros votos, necesitamos tener una mejor comprensión y, a la vez, una mayor concienciación para seguir siendo profetas del reino en este momento de la historia. No hace falta ir muy lejos para constatar que se requiere una formación continua sobre este voto. No es cuestión de que tengamos más o menos patrimonios estables, sino de que estos bienes no se conviertan en simple acumulación, sino en un estímulo para seguir siendo profetas del Reino con los que están a nuestro alrededor. Particularmente creo que el termómetro para

¹⁶ Cf. E. Lukas, *Assistência Logoterapêutica*, Editora Vozes-Sinodal, Petrópolis 1992, 208.

¹⁷ Cf. E. Fizzotti, *Psicologia e maturidade na vida consagrada*, Paulus, São Paulo 2014, 98.

¹⁸ Cf. J. C. R. García Paredes, *Teología de la Vida Religiosa*, BAC, Madrid 2002, 535-578.

medir si estamos viviendo de acuerdo la *sequela Christi* es si somos solidarios o si se nos ha contagiado el virus de la ganancia y de la autorreferencialidad.

La pobreza voluntaria está conectada y motivada por el seguimiento de Cristo¹⁹. La pobreza voluntaria nos hace semejantes a Cristo y más disponibles para el ministerio (pensando en los religiosos presbíteros)²⁰.

Si este voto, así como los otros, está directamente unido al seguimiento de Cristo, podemos hablar de que existe una relación directa entre la pobreza, por un lado, y la liberación y el crecimiento espiritual, por otro²¹.

Mirando un poco la historia de la vida consagrada, vemos que los religiosos vivían para Dios y no para la aprobación social. Se bastaban con la fe y el testimonio. Somos así llamados a prender fuego otra vez en las cenizas desde una espiritualidad encarnada, y no desde una traducción romántica de un misticismo fantasioso. La hermana Chittister exhorta a una espiritualidad grande que no sea un ascetismo negativo, una rutina severa, un total confinamiento y una docilidad infantil ante convenciones organizacionales. Para ella las necesidades están en las periferias, en la calle, en los abrigos de mujeres, en las cortes, en los comités cívicos, en las audiencias del congreso, en el acompañamiento a los solitarios, en las fronteras militarizadas, en la convivencia con los refugiados y con los pobres urbanos, en los periódicos y en los estudios de televisión...; y eso exige que seamos adultos espirituales. Entonces no podemos confundir el trabajo con la oración, las buenas intenciones con la vida espiritual y la profesión con el compromiso. Necesitamos formarnos impelidos por los Evangelios, imbuidos por las Escrituras, animados por el fuego de la justicia, sostenidos por la oración. La espiritualidad será el combustible del espíritu que torna posible el compromiso²².

Nuestra riqueza no está en las cosas de este mundo. Tenemos que vivir la vida con los pies en la tierra y los ojos en el cielo. No hemos sido creados para gatear, sino para volar alto, como las águilas, al corazón del Padre. Somos peregrinos, estamos de paso. Nuestro puntal es el Dios vivo que se convierte en nuestro punto de apoyo. Evidentemente la espiritualidad nos conduce a una dimensión horizontal de servicio a los hermanos, pero, si nuestro salir a las periferias existenciales no parte de una experiencia de amor transformador en la oración e interioridad, nuestro apostolado se convierte en meros proyectos asistenciales, necesarios y generosos, mas carentes de espíritu. No se trata hoy de compartir apenas nuestros bienes, sino nuestro ser. Una vida religiosa asistencialista es una ONG, y no una Iglesia en salida. Nuestro salir tiene una motivación más radical: la entrega de nuestra vida

¹⁹ Cf. PC 13.

²⁰ Cf. PO 17.

²¹ Cf. B. Goya, *Psicología e vida consagrada*, Paulus, São Paulo 1999, 128.

²² Cf. J. Chittister, *Fogo sob as cinzas. Uma espiritualidade da vida religiosa contemporânea*, Paulinas, São Paulo, 1998, 188.

por amor. En este sentido, tenemos que ser profetas del Reino, denunciando las injusticias que van en contra de un proyecto de salvación para el hombre y mujer de nuestros tiempos.

Desde esta dimensión espiritual, el religioso es consciente de que vive la necesidad de estar en la presencia de Dios, de despojarse de todo ante el amor gratuito y misericordioso de aquel que nos quiere y que establece relación, alianza. Dios mismo nos invita a caminar más allá de la materialidad de las cosas y de la transitoriedad de las personas. Por medio del encuentro, del recogimiento, de la oración, de la experiencia religiosa y sacramental, el religioso no necesita poseer nada más que la unificación con Dios. Es como aquel que ha encontrado un tesoro escondido y vende todo lo otro para comprar el terreno que vale mucho más, o que ha encontrado la perla preciosa y no tiene ojos para otra cosa, o a un pescador que recoge las redes llenas de peces y puede descartar aquellos que no tienen valor (cf. Mt 13, 44-52).

Una espiritualidad bien encauzada nos hace tener necesidad de poseer a Dios, y no estar detrás de aquello que rompe esa alianza de amor. Los ojos ya no brillan por poseer personas, poder, dinero, bienes. Al contrario, se alza un deseo de unirse a Dios y de imitar a Cristo (valores terminales) por medio del voto de pobreza (valor instrumental), que invita a dejarlo todo²³. Por eso el religioso puede considerar basura todo aquello que no conduce al encuentro con el amor misericordioso que sale al paso de nuestra miseria.

Vemos cómo en san Agustín, amparado en su intensa experiencia de Dios, se da una unificación del corazón que, desde su pequeñez, reconoce la grandeza de aquel; cómo la experiencia de la pecadora, que vive ese encuentro transformante con Jesús, ya no la hace adúltera, sino esposa. La miseria humana se encuentra con la misericordia divina, *miseriordia et misera*²⁴. En la vida religiosa necesitamos recuperar esta espiritualidad de lo pequeño, del encuentro cotidiano y sorprendente con Dios, que habita nuestra pobreza. De esta forma, la pobreza es, antes que nada, reconocimiento del todo de Dios.

El ser humano es un mendicante del ser, y reconoce que recibe de Dios su existencia en cada momento. El pueblo de Israel llega a descubrir a Dios como su verdadera riqueza cuando pierde sus seguridades.

DIMENSIÓN SOCIAL DEL VOTO DE POBREZA

La vida religiosa consagrada tiene una llamada al servicio que brota del seguimiento del Hijo del hombre, que vino, no para ser servido, sino para servir. El

²³ Cf. B. Sebastian, *Totalmente de Cristo. Aspectos psicológicos y formativos de la vida consagrada*, PCl, Madrid 2015, 71; A. Manenti, *Vocação, psicologia...* 13.

²⁴ Cf. Agustín de Hipona, *Io. ev. tr.* 33, 5.

lavatorio de los pies, el servicio, la diaconía, nos invitan a cuidar de los más pobres y necesitados. En definitiva, se trata de generar una cultura del cuidado, para que resplandezca de nuevo la imagen divina deformada en los rostros desfigurados de hermanos y hermanas por el hambre, rostros sin ilusión por las promesas políticas, rostros humillados de quienes sienten desdichada su cultura, rostros asustados por la violencia indiscriminada, rostros angustiados de menores, rostros de mujeres ofendidas y humilladas, rostros cansados de expatriados sin un digno diálogo de acogida, rostros de ancianos sin las mínimas condiciones para una vida y muerte dignas²⁵.

Servir a los pobres es actitud evangelizadora, sello de evangelicidad y estímulo para la conversión permanente de nuestra forma de vida consagrada²⁶. Muchas decisiones capitulares y muchas obras de nuestras instituciones religiosas han dedicado espacio, tiempo y fuerzas a atender a las demandas del entorno social en que nos encontramos, y lo tenemos que seguir haciendo institucionalmente.

La vida religiosa sigue estando llamada a esta dimensión social del voto, que dimana de la dimensión espiritual, puesto que la misión nace del Espíritu que nos impulsa a entregar todo. Una falta de espiritualidad en la vida consagrada puede llevar a una cerrazón del corazón. Lo nuestro no es configurar una economía para garantizar el confort y la seguridad de una jubilación prematura. La vida religiosa está llamada a ser pobre y a estar con los pobres. Y cabe recordar que pobre no es solo el que no tiene recursos económicos, sino todo aquel que ha perdido su dignidad como persona, que no cuenta: el excluido y marginado.

La Iglesia nos exhorta a ser profetas del Reino en las periferias existenciales. El papa Francisco nos invita a salir de la zona de confort, ya que muchos han quedado atrapados por la seguridad institucional. Necesitamos recuperar una pastoral desde la misionalidad, algo esencial a la comunidad cristiana. No podemos instalarnos; lo nuestro es la salida. Lo nuestro no es una pastoral de conservación.

En este sentido, me parece muy oportuna la propuesta de las bienaventuranzas ideada por Pier Giordano Cabra, en la que nos invita a una presencia profética desde nuestra consagración religiosa²⁷:

- Bienaventurados serán si no se dejan desalentar por la situación del momento presente, pero, antes, ofrezcan un ejemplo de serenidad a quien se acerca.
- Bienaventurados serán si no se amargan ni amargan a los demás, cuando necesiten cerrar algunas de sus obras o pasarlas a manos ajenas.

²⁵ Cf. VC 75.

²⁶ Cf. VC 82.

²⁷ Cf. P. G. Cabra, *Breve curso sobre a vida consagrada. Tópicos de teologia e espiritualidade*, Loyola, São Paulo 2006, 223-224.

- Bienaventurados serán si manifiestan al pueblo de Dios que no tienen morada definitiva aquí abajo, sino que aspiran a las futuras, y si consideran útiles sus realizaciones de realidad, pero provisorias y precarias, destinadas a durar hasta cuando el Señor quiera.
- Bienaventurados serán si no son agresivos con este mundo que los comprende poco, pero donde somos llamados a vivir; en lugar de eso, recen sin cesar por los hijos de Dios, distraídos y generalmente destruidos.
- Bienaventurados serán si manifiestan su inquebrantable confianza en el Señor de la historia con su alegría, que nace de la conciencia de participar del ministerio pascual de la muerte y resurrección.
- Bienaventurados serán cuando sepan compartir sus carismas con otros, en un intercambio enriquecedor de dones, teniendo el bien del pueblo de Dios como supremo criterio de acción.
- Bienaventurados serán cuando, en las derrotas históricas del momento presente, logren decir: ‘Gracias, Señor, porque te tenemos a ti como nuestra riqueza y apoyo. Eres tú nuestro verdadero refugio y fortaleza’.
- Bienaventurados serán cuando no se dejen encantar por el brillo del mundo rico y saciado, sino que tengan ojos y manos para ver y socorrer a los pobres, sobre todo a los nuevos pobres, a los que nadie, o bien pocos, dan atención.
- Bienaventurados aquellos que no colocan su confianza en el dinero para avanzar el Reino de Dios, sino que cultivan el espíritu de pobreza y de mansedumbre, también para utilizar, evangélicamente, el dinero.
- Bienaventurados serán cuando tengan obras eficientes y admirables de servicio a los pobres y no se sientan, por ello, bienhechores.
- Bienaventurados serán cuando no se olviden de que son numerosos aquellos que viven bajo el yugo del hambre y de la violencia, y no consideren una fatalidad esa situación, sino que se empeñen con todas sus fuerzas en la justicia.
- Bienaventurados serán cuando veáis la pobreza del hombre que vivía en abundancia, su aridez, su insatisfacción, y solamente estarán tranquilos cuando encuentren alguna vía de acceso a su corazón.
- Bienaventurados serán cuando se preocupen de sacudir la indiferencia de la masa cristiana, carente del amor de Dios, pobre de los bienes prometidos por Cristo, cerrada en sus horizontes terrestres.
- Bienaventurados serán cuando se sientan impotentes ante los desafíos de un mundo seguro de sí y, por esa razón, no se desanimen, sino que

multipliquen las oraciones para que el Señor tenga piedad de su pueblo y envíe nuevos profetas y nuevos apóstoles.

Así, los religiosos debemos buscar el modelo de pobreza que nos trae el mismo Jesús. Los pobres aparecen como los destinatarios del Reino anunciado por él. La evangelización de los pobres es una señal inequívoca de la presencia del Reino. De manera que el voto de pobreza tiene que buscar su sentido, su razón de ser, en la relación de los pobres con el Reino²⁸.

La vida religiosa, desde sus orígenes, ha contemplado el valor de la pobreza evangélica, aunque el modo de comprensión ha sido diverso a lo largo de la historia. Los eremitaños han enfatizado la pobreza como ascesis individual. La vida cenobítica ha obligado a la pobreza individual, y así la ha compatibilizado con la riqueza comunitaria. Las órdenes mendicantes fomentaron la pobreza real, individual y comunitaria, además de subrayar su dimensión apostólica. Los institutos apostólicos consideran la pobreza como servicio asistencial a los pobres. Hoy insistimos en la solidaridad con los pobres²⁹.

La verdad es que el valor de la pobreza siempre estuvo presente en la historia de nuestra forma de vida consagrada. Eso no es fruto de una concepción apenas reflexiva, sino el resultado de la misma experiencia de Dios en cada momento de la historia.

En la época en que vivimos, la solidaridad con los pobres es el camino efectivo de recuperación de la pobreza como un valor institucional. Urge buscar una vivencia de la pobreza que, sin miedo, nos haga compartir y ser solidarios con los pobres. No podemos dejar a los pobres abandonados. Eso repercutirá en una dimensión de servicio, de trabajo y de entrega verdadera.

Esa dimensión social de pobreza nos llama a ser una vida religiosa samaritana, que nos pone en camino hacia las fronteras, hacia las periferias geográficas y existenciales que reclaman nuestra presencia, aliviando y curando, consolando y mitigando las heridas de tantas personas, hombres y mujeres, cruelmente maltratadas por las realidades injustas de sistemas y estructuras deshumanizantes³⁰.

DIMENSIÓN COMUNITARIA DEL VOTO DE POBREZA

Muchas veces, cuando hablamos del voto de pobreza, decimos que es algo de lo que uno debe tomar conciencia y vivirlo de modo individual, según lo que, en su interior, entienda o perciba. Y así, puede que nos quedemos tan tranquilos y

²⁸ Cf. F. Martínez Díez, *Vida religiosa. Carisma e missão profética*, Paulus, São Paulo 2002, 157.

²⁹ Cf. F. Martínez Díez, *Vida religiosa...* 172.

³⁰ Cf. V. Martínez Morales, *Para vino nuevo, odres nuevos. Una vida religiosa revitalizada y reestructurada por el Espíritu*, Paulinas, Bogotá 2018, 96.

justificados. No podemos olvidar que existe un elemento muy importante que no nos puede eximir de nuestra responsabilidad: la comunidad.

Comunitariamente somos llamados a dar testimonio de una vivencia de la pobreza, un testimonio colectivo, de desprendimiento de los bienes presentes. Eso significa que tenemos la misión como orden de contribuir con los que más lo necesitan. Otra forma de entender esa dimensión, como afirma Severino Alonso³¹, es que haya un verdadero intercambio de bienes temporales entre las casas y provincias de la misma congregación.

Somos llamados a tomar conciencia y a evitar toda especie de lujo, de lucro inmoderado y de acumulación de bienes, como dice el Concilio Vaticano II³². Lo nuestro como consagrados no es ser “propietarios”, sino que logremos con nuestro trabajo, con nuestro sudor, buscar agregar valor –y no solo bienes– a la congregación.

Me acuerdo, si me permiten dialogar, que, cuando concluí mis estudios en la Facultad de Teología, comunicaba muy feliz haber aprobado el examen de grado, y alguno de los padres me dijo, con estas palabras o parecidas: “Bien. Ahora te toca pagar con tu trabajo todo lo que la congregación te ofreció”. Me quedé con un poco de rabia, lo que es muy normal en mi caso, y sentí como si me estuvieran cobrando mis estudios. Con el pasar de los años, he notado que aquel padre tenía razón. Cuántas cosas he recibido y sigo recibiendo: formación intelectual de calidad, buena alimentación, cuidado, viajes a otros lugares... tantísimas cosas; yo diría que hasta mi formación espiritual; y cuántas veces vivo en la mezquindad, pensando que fue mérito mío.

La cuestión es que, si cada uno toma conciencia de lo mucho que ha recibido, seguramente advertirá que no da en la misma proporción que ha recibido. Una vivencia comunitaria de la pobreza consiste en que, juntos, percibamos que los bienes de la misma congregación son nuestros, y que debemos cuidarlos, para que su fin no sea acumular, sino dar con generosidad, ya que no nos falta nada. Seamos verdaderos, auténticos.

Escribiendo estas líneas me vienen muchas cosas en la cabeza. No me gustaría perderme en elucubraciones mentales, pero tengo que hablar desde el corazón, o todo será letra muerta para mí mismo. Cierta día tuve que llamar la atención a un grupo de formandos, puesto que algunos, de manera sistemática, llegaban tarde a la oración, sin hacerse presentes en la capilla. Antes de llamarles la atención, rezaba y pensaba en cómo hacerles ver que es importante la puntualidad. Entonces sugerí que pensarán que, fuera del ambiente formativo y de la vida religiosa, muchos de nuestros padres, hermanos, familiares... trabajan; y en una empresa, no se pueden

³¹ Cf. S. M^a. Alonso, *La vida consagrada. Síntesis teológica*, PCL, Madrid 2001.

³² Cf. PC 13.

permitir el lujo de quedarse más tiempo en la cama o de faltar porque les duela un dedo. Hay veces que pecamos comunitariamente por no vivir una vida de pobreza, de responsabilidad, de darnos más. Nos podemos hacer a lo fácil.

Generalmente confundimos pobreza con economía. No es lo mismo funcionalidad que lujo, tener bienes o acumular bienes. Creo que le hace falta a la vida consagrada de hoy algo más de “generosidad –sin derroche– que es señal de desprendimiento y, por lo mismo, de pobreza evangélica”³³. Creo que el tema no es mirar lo que tenemos, sino cuanto donamos.

No podemos todavía vivir desde la autorrealización o autorreferencialidad, como nos dice constantemente el papa Francisco. Es tiempo de gratuidad, de entrega, de poner a Cristo como nuestro modelo de consagración. Quizás, me atrevo a decir, nos falte autotranscendencia institucional. No necesitamos buscar reconocimiento por nuestras obras, sino tomar conciencia de que nada es nuestro. No damos nada a nadie. Devolvemos, porque hemos recibido mucho más de lo que merecíamos.

La pobreza comunitaria implica, además, el cuidado de nuestras cosas comunes. Puede que no nos sintamos responsables de los bienes que tenemos, y así no los cuidamos. La lógica del mercado invade nuestras comunidades: tiramos cosas y compramos otras simplemente por capricho. Necesitamos, en realidad “queremos”: el móvil nuevo que ha salido, el ordenador último modelo, el coche más guay... porque nos “servirá para el trabajo”, y luego nos metemos con todos los aparatos en una habitación y no hablamos con los que están al lado en la mesa del refectorio, o nos negamos a cualquier actividad fuera de nuestros esquemas. Y claro, después tenemos que pagar funcionarios que hagan los trabajos que no hacemos. Las cosas comunes son de nuestra responsabilidad.

Nuestro trabajo no puede ser una obra personal. Es una expresión comunitaria de que lo que hacemos lo realizamos en nombre de nuestra comunidad. Es triste cuando vemos que lo personal está por encima de lo comunitario. Decimos como si nada: “tengo mis horarios”, “mi trabajo”, “mi parroquia”, “mis funciones”, “mi grupo”, “mi coche”... Expresiones de este tipo denotan, no pocas veces, la falta de una vivencia comunitaria. Urgen en nuestra cotidianidad menos proyectos institucionales de pocos y más proyectos en común. Yo diría que nos falta trabajar más en equipo, sumando los dones de cada cual.

A veces da la sensación de que unos intentan, de forma muy velada, demostrar que son los mejores para quedar en el cargo que ocupan. En este sentido, creo que el hecho de que haya una circularidad en el gobierno de una congregación es muy sano, porque permite ver el poder como servicio y no como *status*. Si luchamos por poder, manifestamos una patología grave que necesita la medicina de la humildad.

³³ S. M^a. Alonso, *La vida consagrada...* 375.

Es muy significativo ver a personas sanas que, una vez prestado un servicio, salen con la conciencia limpia del deber cumplido, y sin la querencia de aplausos.

Como carisma agustiniano, pienso que esta dimensión comunitaria debiera ser más trabajada en la formación con los candidatos y también en la formación de los religiosos. Puede que entendamos muy bien la parte social, y hasta teológica, del voto, porque lo hemos estudiado todos, pero quizás falte una mejor internalización de la conciencia de comunidad, de los bienes materiales y espirituales que tenemos. Permítanme decir que nos falta más amor a lo nuestro. Buscamos ser influyentes fuera, que nos conozcan, nos valoren, nos premien; pero, a lo mejor, desde dentro, no lo hacemos, no ponemos en comunidad nuestros dones. Por miedo a la crítica institucionalizada, nos escondemos y ocultamos nuestros talentos. Puede que nos falte un poco más de resiliencia ante las críticas. Quien critica mucho hace poco.

Cuando el profesor García Paredes trata de esta dimensión en su manual sobre teología de la vida religiosa, dice:

Llama la atención que en las comunidades pacomianas, en las comunidades de Agustín, la razón de ser de la pobreza no era la renuncia, la ascesis, sino favorecer la comunión entre todos, para que no hubiera entre los hermanos o hermanas de comunidad ningún tipo de diferencias. Las posesiones, las propiedades privadas, llevan consigo un cierto principio de división. Los bienes obstaculizan la comunión. Las riquezas de unos –respecto a la pobreza de otros– manifiesta hasta qué punto no rige entre nosotros el principio de la fraternidad³⁴.

Somos llamados a vivir la pobreza comunitaria teniendo un estilo de vida pobre, afectiva y efectivamente, a trabajar como signo de pobreza comunitaria y a ejercitar la comunión de bienes espirituales y materiales, desde el cuidado de las cosas comunes, para que nuestra pobreza sea auténtico signo del Reino para este tiempo.

DIMENSIÓN ECOLÓGICA DEL VOTO DE POBREZA³⁵

Evidentemente todo el tema ecológico se nos presenta como un desafío. Quizás sea un discurso de palabras vacías hablar hoy de lo ecológico. Lo que nos urge es tener más conciencia de mundo, de casa común. Y además de conciencia, más actitud de cuidado con aquello que nos fue dado por el Creador de todas las cosas.

El avance científico, el mecanicismo, el tecnicismo, el materialismo, entre otros, han esclavizado, en cierto modo, la naturaleza. La misma capacidad simbólica de la naturaleza está desapareciendo, ya que, en muchos lugares, el agua y el aire no pueden ser un símbolo del Espíritu, de la vida. Los abusos sobre los recursos naturales no respetan su equilibrio. El agua de los ríos y de los mares está contaminada, se ha convertido en veneno de muerte para miles de peces. El aire de

³⁴ J. C. R. García Paredes, *Teología de la vida religiosa...* 473.

³⁵ Para este apartado utilizaremos las reflexiones del profesor García Paredes, quien nos trae de modo muy plástico y concreto el problema ecológico y la necesidad de retomar este cuidado con lo creado (cf. J. C. R. García Paredes, *Teología de la vida religiosa...* 477-481).

la atmósfera está siendo violentada, drogada, convertida en vehículo de contaminación. Los animales temen al hombre.

La naturaleza ya no es la casa común. Se puede decir que, con tanta explotación de intereses insensatos, se ha convertido para las futuras generaciones en cárcel terrible para millones y millones de seres humanos.

La corrupción está dañando incluso la naturaleza. Eso hace que, de manera global, se desarrollen programas de concienciación sobre el cuidado del medio ambiente. Por eso es importante que nuestras congregaciones sean signo de cuidado de la casa común. Ya estamos viendo en nuestras congregaciones programas de este tipo (pensemos en ARCORES, por ejemplo). Hay una clara llamada a que nos mojemos más por esta causa. La vida religiosa fue definida mucho tiempo como *fuga mundi*, nunca como *fuga naturae*.

La dimensión ecológica del voto de pobreza nos habla de no agotar los recursos naturales, de no albergar afanes posesivos. Por eso, es una llamada a que reconozcamos la sacralidad de las cosas. No podemos matar todo lo que está delante de nosotros por ambición y actitudes propias de urracas. Tenemos que defender la naturaleza y sus recursos; es la casa de todos; es un bien comunitario, una herencia que tenemos que dejar para las futuras generaciones.

Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. El movimiento ecológico mundial ya ha recorrido un largo y rico camino, y ha generado numerosas agrupaciones ciudadanas que ayudaron a la concienciación³⁶.

El medio ambiente, que es un bien colectivo, exige cuidado. Es patrimonio de toda la humanidad y por lo tanto es responsabilidad de todos:

Quien se apropia algo es solo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros³⁷.

El papa Francisco nos llama a una “ecología integral”³⁸, que engloba lo humano y lo social. Cuando hablamos de dimensión ecológica del voto de pobreza, podemos pensar en una ecología integral que considere lo humano y social. Todo eso no es fruto sino de una “conversión ecológica”, una espiritualidad que considere el cuidado del mundo³⁹. No es un tema transversal hoy en la teología del voto de pobreza, sino una llamada urgente y necesaria. Hay un camino que hacer todavía.

³⁶ LS 14.

³⁷ LS 95.

³⁸ Todo el capítulo cuarto de la encíclica *Laudato Si'* nos habla de la necesidad de una ecología integral (cf. LS 137ss.).

³⁹ Cf. LS 216-221.

EXCURSO CONCLUSIVO

Cuando se me pidió esta pequeña colaboración, tuve que respirar a fondo antes de decir que sí, porque, en definitiva, se trata de una reflexión que me obliga a mirar hacia mí mismo, que me compromete, me descoloca y me pide más radicalidad. Para empezar a escribir estas líneas, he dado muchas vueltas. He retomado varias lecturas de materiales de cuando estudiaba la licenciatura en vida religiosa, volví a los manuales... pero me he dado cuenta de que, si no hacemos algo desde una perspectiva más bien narrativa, esta reflexión no resultaría útil ni a mí ni tampoco a sus lectores.

Sobre la pobreza encontramos publicaciones diversas, autores para todos los gustos, mas quizás con mucha cabeza y poco corazón. Si alguien quiere estudiar el voto, hay innumerable bibliografía. Disponemos de muchos materiales importantes y los encontramos en nuestras bibliotecas. Mi intuición me decía que debía empezar sin pretensiones, hablando simplemente de corazón a corazón. Por eso confieso que ha sido una labor muy pausada, meditada, releída, construida como a trocitos, para ofrecer una pequeña síntesis de consideraciones importantes para nuestra vivencia de este voto, que, aunque se llame de pobreza, ofrece una riqueza inestimable.

Como conclusión, traigo a colación un ejemplo valioso de un religioso que nos habla de la pobreza como un valor por el Reino de los Cielos: santo Tomás de Villanueva.

UN FARO DE ESPERANZA

En el año 2012, cuando se hablaba de las diversas crisis (la miseria, la desigualdad social, el hambre y el empobrecimiento ecológico...), el presidente del Banco Mundial, Yim Yong Kim, reclamaba una cultura de la prevención como una manera de evitar una catástrofe natural. Era necesario, para él, encontrar *faros de esperanza* que orientaran a la sociedad en la solución de la crisis. Faros que desarrollaran personas y comunidades resilientes⁴⁰. Para generar una cultura de prevención de la liquidez del valor de la pobreza evangélica en la actualidad, traigamos como ejemplo a santo Tomás de Villanueva.

No nos adentraremos en la biografía del santo manchego con profundidad, sino que destacaremos pequeños chispazos de luz que nos ayuden a vivir la pobreza hoy.

Tomás García Martínez⁴¹ nace en 1486 en el pequeño pueblo manchego de Fuenllana. Es el mayor de seis hermanos. La familia vive una situación económica

⁴⁰ Cf. M. Lemos Silveira Freitas, *Afrontamento e superação de crises. Contribuições da Logoterapia*, IECVF, Ribeirão Preto 2018, 25-27.

⁴¹ Cf. M. Boyano Revilla, *Santo Tomás de Vilanova, agostiniano, arcebispo e pai dos pobres*, FABRA, Petrópolis; J. M. Bengoa, *Tomás de Vilanova. O esmoler de Deus*, Editora Gávea, Rio de Janeiro 2001.

cómoda. En el seno familiar recibe la semilla de una vida cristiana consistente, sobre todo de amor a los necesitados. Con cerca de siete años parece haber regresado a casa dos veces sin vestidos, por habérselos ofrecido a un pobre.

Como religioso, se desviste de lo temporal y se reviste de Dios. Ocupa varios cargos de gobierno muy importantes en la Orden, aun siendo muy joven, ya que no era común que los más jóvenes desempeñaran algún puesto de gobierno en la vida religiosa. Se convierte en un gran predicador. Es un fraile de vida austera, de mucho conocimiento, que une ciencia y virtud. Conjuga el amor al estudio con la vida comunitaria y el apostolado. Impulsa expediciones de misioneros a América. Se niega a aceptar el arzobispado de Granada y se resiste al de Valencia, teniendo que ser forzado por el provincial Francisco Nieva a aceptarlo. Casi diríamos que es un obispo por obediencia y no porque lo haya buscado.

Estrenándose el año 1545, hace su entrada en la sede arzobispal valenciana en una mula, y con actitudes de humildad y pobreza, con hábito, un manto de tela negra muy usado y un sombrero tan viejo que ya no tenía su color original. Con mucha humildad y devoción aleja los cojines de velludo carmesí y se arrodilla en el suelo, adora y besa los pies de la cruz, y, con muchas lágrimas, besa posteriormente el suelo.

En su vida como obispo tuvo muy presente a los necesitados. Hay hasta alguna anécdota en que es encontrado remendando su ropa y, al ser cuestionado, responde que, aun siendo arzobispo, no ha dejado de ser religioso, profesando la pobreza; y que, además, con el dinero de mandar coser sus pantalones, podría dar de comer a un pobre. Se preocupa del clero, que tenía muchas regalías, y en 1550 funda un seminario, cuando no existía ninguno en ningún otro lugar, para los estudiantes pobres que desearan ser sacerdotes, a fin de que adquirieran una solvente formación. Encuentra en la Iglesia valenciana buenas organizaciones de caridad, que impulsa y amplía con todo su entusiasmo. Da limosnas, visita a los enfermos en el hospital, va a la casa de los que padecen, erige una especie de guardería para niños huérfanos en su palacio episcopal y, desde la puerta del palacio, sirve diariamente una comida caliente a los necesitados.

Al final de su vida, ya enfermo, se preocupa de que su patrimonio se entregue a los necesitados. Hasta su mismo lecho de muerte ya le resulta prestado, dado que él mismo lo había dado a un funcionario eclesiástico.

Su fama de santidad creció muy rápido entre todos. Es el patrón de los estudios para toda la familia agustiniana. Y nos parece oportuno traer su potente figura como modelo de religioso, faro de esperanza, que integra existencialmente la riqueza del voto de pobreza.

DANILO JOSÉ JANEGITZ OAR
Franca (San Pablo, Brasil)